

Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y no caigáis en pecado. Quitaos de encima los delitos que habéis cometido. Estrenad un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Así no moriréis, casa de Israel. Pues no quiero la muerte de nadie —oráculo del Señor—. ¡Arrepentíos, y viviréis!» (Ez 18, 30-32).

“La Cuaresma es el tiempo para (...) reconocer que nuestras pobres cenizas son amadas por Dios. **Es un tiempo de gracia, para acoger la mirada amorosa de Dios sobre nosotros y, sintiéndonos mirados así, cambiar de vida.** Estamos en el mundo para caminar de las cenizas a la vida. Entonces, no pulvericemos la esperanza, no incineremos el sueño que Dios tiene sobre nosotros. No caigamos en la resignación. Y te preguntas: ¿Cómo puedo confiar? El mundo va mal, el miedo se extiende, hay mucha crueldad y la sociedad se está descristianizando... Pero ¿no crees que Dios puede transformar nuestro polvo en gloria?” (Francisco).

### 1. El drama del hombre actual

Hoy es difícil entender la Cuaresma, sencillamente porque la conciencia de Dios está muy oscurecida, y en consecuencia está oscurecida también la conciencia de pecado.

A pesar de lo frecuentemente que aparece la realidad del pecado en la Sagrada Escritura, esta tremenda palabra está prácticamente desterrada del lenguaje moderno. Ya decía San Pablo VI:

“Los hombres, en los juicios de hoy, no son considerados pecadores. Son catalogados como sanos, enfermos, malos, buenos, fuertes, débiles, ricos, pobres, sabios, ignorantes; pero la palabra pecado no se encuentra jamás. ...**Se ha perdido el concepto de pecado.** Una de las palabras más penetrantes y graves del Sumo Pontífice Pío XII, de venerable memoria, es ésta: “el mundo moderno ha perdido el sentido del pecado”; es decir, la ruptura de la relación con Dios, causada por el pecado» (20.9.64).

Por tanto, **si la Cuaresma llama a la conversión, y no hay conversión sin aborrecimiento del pecado, ¿cómo podremos vivir bien este tiempo especial?** “A lo sumo, el hombre reconoce que tiene fallos, debilidades, incorrecciones en su comportamiento... Pero esto no basta, porque el pecado es mucho más que eso: es dar la espalda a Dios y a su amor, y, por tanto, dejar de amar al prójimo como a sí mismo. El pecado es un acto deliberado mediante el cual nos oponemos al plan de Dios, a sus mandatos revelados en la alianza y, en último término, al mandamiento del amor dado por Cristo en la última cena. El pecado afecta de manera decisiva a la relación entre dos personas que están llamadas a amarse: Dios y el hombre, el hombre y su prójimo”.

El drama del hombre se manifiesta así en toda su crudeza: por un lado por el pecado da la espalda a Dios, pero por otro, no puede vivir sin Él. **El deseo de conocer realmente a Dios, de ver su rostro, está grabado en todos los seres humanos, incluso en los ateos. Y este deseo sólo se “colma” siguiendo a Cristo,** que es el Dios vivo y verdadero que ha venido a nuestro encuentro. Por eso nuestra entera existencia, si queremos ser felices y plenos, debe orientarse al encuentro y al amor con Jesucristo.

### 2. La urgencia de la conversión. ¡Es hora de volver a Dios!

Precisamente por esta necesidad vital de Dios, por este drama del hombre, San Juan Pablo II clamaba con dolor: “Permitidme gritar fuerte: **¡es hora de volver a Dios!** A quien todavía no tiene la alegría de la fe se le pide la valentía de buscarla con confianza, perseverancia y disponibilidad.

A quien ya tiene la gracia de poseerla se le pide que la aprecie como el tesoro más valioso de su existencia, viviéndola profundamente y testimoniándola con pasión.

**Nuestro mundo tiene sed de una fe profunda y auténtica, porque sólo Dios puede satisfacer plenamente las aspiraciones del corazón humano. Es necesario volver a Dios, reconocer y respetar sus derechos.** Pidamos a la Santísima Virgen esta conciencia renovada. Ella quiere ponernos en guardia ante los peligros que se ciernen sobre la humanidad, y nos pide que respondamos a la fuerza oscura del mal con las armas pacíficas de la oración, el ayuno y la caridad (San Juan Pablo II. 7 de marzo 1993).

Pues bien, este “volvemos a Dios” es la esencia de la **CONVERSIÓN, que es la primera palabra del Evangelio, la palabra permanente, la palabra central y definitiva: “convertíos y creed en el Evangelio”.**

Cuando Dios nos llama a la conversión, parte siempre del amor que nos tiene: un amor de Padre, semejante y superior al de una madre; un amor de amigo y enamorado, de novio y esposo; un amor que ha tenido su expresión más plena y suprema en la entrega de Jesucristo en la muerte y resurrección. Si no comprendemos estos presupuestos, jamás entenderemos el pecado como una ruptura de la relación con Dios que nos deja en la soledad más radical, en la oscuridad de una vida sin amor. **Convertirse es retornar al Dios que nos ama y nos perdona, es caer de nuevo en los brazos del Padre pródigo en misericordia.** Convertirse es abrirnos al perdón de Dios, que desea restablecer la alianza con nosotros. Por eso, debemos sentirnos pecadores y reconocer que nuestro corazón es de piedra y no de carne cuando nos negamos a amarle, cuando le ofendemos, ignoramos o despreciamos.

**¡No demoremos más la conversión! San Agustín, que vivió con especial dramatismo y radicalidad su proceso de conversión, nos exhorta desde su propia experiencia a no retrasarla.** A los paganos que daban largas a su conversión les decía:

“**Si ya lo has pensado, si ya lo tienes decidido, ¿a qué esperar? Hoy es el día, ahora mismo; no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.** Dejarlo para luego es exponerse a dar marcha atrás; no todos los días estás decidido, no a toda hora estás preparado para este paso”. Y seguía: “Si ahora no te animas, ¿por qué dices y crees que lo harás algún día? No estés tan seguro, te costará más que hoy; quizás no tengas ya deseos del cambio; las fuerzas contrarias volverán a la carga. ¿Por qué dices que alguna vez lo harás?, ¿tendrás oportunidad?, ¿seguirás con vida mañana?, ¿te dará Dios la gracia de la conversión? Teme a Cristo que pasa y no vuelve”.

Al demonio le encanta ilusionar a la gente y engañarla con la conversión de mañana; a Dios le gustan las cosas hoy y ahora: **Hoy es el día de la conversión. “Si escucháis HOY su voz, no endurezcáis el corazón”.**

### 3. ¿Qué es la Cuaresma?

Pues bien, **la Santa Cuaresma es el tiempo oportuno que la Iglesia nos regala para convertirnos a Dios, para volvernos a Él.** Un tiempo favorable en el que el cielo se nos hace especialmente propicio. La Palabra de Dios nos espolea para que no seamos ni indolentes ni cobardes: “No echéis en saco roto la gracia de Dios” (2 Cor 5)

Se trata de un itinerario espiritual y litúrgico de cuarenta días que nos llevará al Triduo pascual, memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, corazón del misterio de nuestra salvación. **Es un tiempo propicio para tomar una conciencia más viva del amor de Dios que nos salva por la redención de Cristo,** y para vivir con más profundidad el propio Bautismo, reforzando nuestra fe, alimentándola con más abundancia en la Palabra de Dios.



En los primeros siglos de vida de la Iglesia, este era el momento en que los que habían oído y aceptado el mensaje de Cristo empezaban, paso a paso, su preparación, camino de fe y de conversión para llegar a recibir el sacramento del bautismo. Se trataba de un acercamiento al Dios vivo y de una iniciación a la fe que se realizaba gradualmente, mediante un cambio interior de los aspirantes a ser incorporados a Cristo en la Iglesia (catecúmenos). Posteriormente, también los penitentes, y luego todos los fieles, fueron invitados a experimentar este camino de renovación espiritual, para conformar más la propia existencia a la de Cristo.

De esta manera, pronto el periodo que precedía a la Pascua empezó a vivirse como un tiempo de *metanoia*, es decir de cambio interior, de arrepentimiento, tanto por los que se preparaban para el bautismo, como por pecadores alejados de la Iglesia que buscaban la reconciliación, como por los que vivían su fe pero experimentando las propias debilidades... A todos se invitaba a este intenso proceso de conversión.

#### 4. El combate cristiano y las armas de la luz

*"Las armas con las que luchamos no son humanas, sino divinas, y tienen poder para destruir fortalezas, derribando sofismas y toda clase de altanería que se levanta contra el conocimiento de Dios, y dispuestos a someter todo pensamiento a la obediencia a Cristo"* (2 Cor 10,4-5)

Dice el Papa Francisco:

**La vida cristiana es un "combate" contra el demonio, el mundo y las pasiones de la carne.** Es una lucha bellísima, porque cuando el Señor vence en cada paso de nuestra vida, nos da una alegría, una felicidad grande: la alegría de la victoria del Señor en nosotros. Es el gozo de la gratuidad de su salvación.

San Pablo en la Carta a los Efesios habla de la vida cristiana con un lenguaje militar: "*Revestíos con la armadura de Dios*", nos dice. No se puede pensar en una vida espiritual, en una vida cristiana, sin revestirse de esta armadura divina que nos da fuerza y nos defiende.

¿De qué tenemos que defendernos? ¿Qué tenemos que hacer? Para luchar contra el demonio, por ejemplo, debemos hacerlo con la fuerza de Dios, ciñéndonos el cinturón de la verdad y vistiendo la justicia como coraza. Así Dios nos defiende de él y resistimos sus insidias. Necesitamos el escudo de la fe, porque el diablo no nos tira flores precisamente, sino flechas encendidas, para asesinarlos.

La "carne" significa nuestras pasiones desordenadas que son las heridas del pecado original. Por eso San Pablo exhorta a "*tomar el casco de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*", y a "*eleva constantemente toda clase de oraciones y súplicas, animadas por el Espíritu*".

Todos somos un poco perezosos para esta lucha, y nos solemos dejar llevar por las pasiones, por algunas tentaciones... Y es que todos somos pecadores... Pero no se desalienten. Ánimo, valentía y fortaleza, porque el Señor está con nosotros" (Cf. Homilía 30-10-2014).

Y añade en su exhortación sobre la santidad: "El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que estemos *«con las lámparas encendidas»* (Lc 12,35) y permanezcamos atentos: *«Guardaos de toda clase de mal»* (1 Ts 5,22). *«Estad en vela»* (Mt 24,42; cf. Mc 13,35). *«No nos entreguemos al sueño»* (1 Ts 5,6). Porque quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose.

La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que *«el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz»* (2 Co 11,14). Así acabó sus días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria. En un relato, Jesús nos

advirtió acerca de esta tentación engañosa que nos va deslizándose hacia la corrupción: menciona una persona liberada del demonio que, pensando que su vida ya estaba limpia, terminó poseída por otros siete espíritus malignos (cf. Lc 11,24-26). Otro texto bíblico utiliza una imagen fuerte: *«El perro vuelve a su propio vómito»* (2 P 2,22; cf. Pr 26,11) (Gaudete et exultate, 164-165).

**La Cuaresma nos recuerda que la vida cristiana es un combate sin pausa, en el que se deben usar las «armas» de la oración, el ayuno y la penitencia. Combatir contra el mal, contra cualquier forma de egoísmo y de odio, y morir a sí mismos para vivir en Dios es el itinerario ascético que todos los discípulos de Jesús están llamados a recorrer con humildad y paciencia, con generosidad y perseverancia**

#### 5. Cristo desierto, nuestro modelo

**Jesús en el desierto durante cuarenta días es nuestro gran modelo para vivir este santo tiempo. En Él tenemos que poner nuestros ojos y el corazón especialmente estos días. Nos da fuerzas.**

Reflexionemos sobre esto:

Dice el Evangelio que Jesús, a impulso del Espíritu se encamina al desierto. Lleva con Él a la Iglesia toda. Nosotros, llenos también del Espíritu Santo, debemos buscar, como por instinto, el desierto de la oración, la soledad de Dios. Fatigados por el continuo ajetreo de la vida, añoramos la paz silenciosa de la plegaria íntima. Nos dejamos arrastrar por el Espíritu para acompañar estos días a Jesús-desierto.

La soledad espanta al hombre esclavizado por sus pasiones. Para él, el ruido es atmósfera indispensable para ahogar la voz de su conciencia. El silencio le resulta insoportable. Ignora que la soledad no es vacío, sino plenitud. No es desierto, sino oasis.

**En los cuarenta días y cuarenta noches, nada comió.** Penitencia, austeridad. Estuvo en el desierto entre las fieras. *Sintió hambre*, dice el Evangelio. Y todo pensando en mí. Preveía mis pocas fuerzas, se daba cuenta de que el mundo me envuelve con su *sabiduría, enemiga de Dios, necedad a sus ojos* (1 Co 3,19). Quería merecerme un suplemento de fuerza divina, de gracia, para ser cristiano y portador de la cruz. La **oración** —desierto— y la **penitencia** —ayuno—, nos dan la clave de la victoria que va a obtener Jesús sobre Satanás. Demuestran que sólo el bautizado que se arma continuamente de ellas, que se reviste de extraordinaria austeridad y rebosa profundísima oración, puede triunfar del enemigo en todos los frentes.

**Era tentado por Satanás.** Esto es, quizá, lo más misterioso y conmovedor del Evangelio. Misterioso: la santidad de Jesús se deja tentar por Satanás. Conmovedor: hasta ahí quiere hacerse semejante a nosotros... Sabía que los cristianos serían rabiosamente atacados por el enemigo en todos los flancos. Se compadeció de sus sufrimientos y luchas. Quiso precederlos con el ejemplo, llevar sobre Él todos los ataques que contra ellos desataría el adversario.

Las tentaciones no fueron tres. Se multiplicaron las embestidas furiosas a lo largo de la cuarentena. *Era tentado*, te dice el Evangelio, imperfecto que denota permanencia de la acción a lo largo del tiempo. Era tentado, sufría. Para que yo no me extrañe de padecer tentaciones, persecuciones...

Evangelio misterioso. Es el prólogo de la historia de Jesús, de la historia de su Iglesia y de las almas, de mi propia vida en la tierra. El combate sostenido por Cristo y todos los cristianos, estrechamente aliados con las almas contemplativas, verdadera retaguardia orante, *no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra principados y potestades del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal* (Ef 6,12). Es Satanás, que trata de desviar a Jesús del camino trazado por el Padre: un reino de pobreza y humildad, una redención por y en la cruz. Quiere inducirle a un mesianismo carnal, mundano: festines, dinero, vanidad, dominación universal. Y todo ello bajo la tapadera de la mayor gloria de Dios, citando frases de la Sagrada Escritura.

# ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 20 (petición): *Inmaculada Madre de Dios, enséñame a acompañar a Jesús-Desierto*

## 1. Ejercicio de ORACIÓN para esta semana

La composición de lugar para mi oración en esta Cuaresma debe ser **esconderme con Jesús en el desierto**. La Iglesia *vive escondida en el desierto hasta el retorno de Cristo, que pondrá fin al poder de Satanás* (Ap 6,14). **Nada tengo que temer viviendo en Cristo por la fe**. Él se dejó tentar *para ser en todo semejante a sus hermanos, Pontífice compasivo y fiel, que puede dar la mano a los que son tentados* (Hb 2,17). Sé que «Cristo fue tentado para que el cristiano no fuese vencido; para que, siendo Él vencedor, también nosotros fuésemos vencedores» (San Agustín). «Sé que el demonio no engañará al alma que en ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe» (Santa Teresa).

**En Él y con Él, mi vida en la tierra será victoria sobre el enemigo. Vivo yo; mas no soy yo, es Cristo quien vive en mí** (Gal 2,20). Si yo estoy incorporado a Él por la vida divina, ya no lucho yo, es Él quien lucha en mí. Cuando el enemigo ataca, es mi Cabeza, Jesús, quien me defiende y vence.

Suplica a la Virgen: —*Madre: a tu lado, quiero contemplar de cerca a Jesús-desierto, y enamorarme de Él*—. Reza también cada día esta bella oración:



Inmaculada Madre de Dios: En estos días de tus apariciones, venimos a pedirte un milagro. Un milagro para todos nuestros hermanos del mundo. Un prodigio más de esa catarata que desde hace más de un siglo vienes derramando en Lourdes. Un milagro que nos haga morir con Cristo a lo largo de la Cuaresma, para resucitar con Él en el gran Domingo de la Pascua. Un milagro para cumplir tu consigna: Penitencia por la conversión de los pecadores, para que la juventud tenga Vida y la tenga más abundante.

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Concédenos el milagro que te pedimos. El milagro que más te agrada dispensar. **Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca**. Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y viril para conquistarte almas. Un corazón amante sin exigir retorno, gozoso de desaparecer en otro corazón, que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida. Así sea.

### Texto 1: ¿Qué es convertirse? (Benedicto XVI)

1. ¿Qué es en realidad convertirse? **Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, de Jesucristo**; convertirse no es un esfuerzo para autorrealizarse, porque el ser humano no es el arquitecto de su propio destino eterno. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y, además, para nosotros es demasiado poco.

Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse "creadores" de sí mismos, descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos.

La conversión consiste en **aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios**, nuestro verdadero Creador; que dependemos del amor. En realidad, no se trata de dependencia, sino de **libertad**. Por tanto, convertirse significa no buscar el éxito personal —que es algo efímero—, sino, abandonando toda seguridad humana,

seguir con sencillez y confianza al Señor a fin de que Jesús sea para cada uno, como solía repetir Santa Teresa de Calcuta, "mi todo en todo". Quien se deja conquistar por Él no tiene miedo de perder su vida, porque en la cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, perdiendo por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

2. **La conversión no se realiza nunca de una vez para siempre, sino que es un proceso, un camino interior de toda nuestra vida**. Ciertamente, este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de cada día, que debe abrazar toda la existencia, todos los días de nuestra vida.

"**Toda la vida del cristiano fervoroso** —dice San Agustín— **es un santo deseo**". Si esto es así, en Cuaresma se nos invita con mayor fuerza a arrancar "de nuestros deseos las raíces de la vanidad" para educar el corazón a desear, es decir, a amar a Dios. "**Dios** —dice también San Agustín—, **es todo lo que deseamos**" (cf. Tract. in Ioh, 4). Ojalá que comencemos realmente a desear a Dios, para desear así la verdadera vida, el amor mismo y la verdad.

Es muy oportuna la exhortación de Jesús, que refiere el evangelista San Marcos: "**Convertíos y creed en el Evangelio**" (Mc 1, 15). El deseo sincero de Dios nos lleva a evitar el mal y a hacer el bien.

Esta conversión del corazón es ante todo un don gratuito de Dios, que nos ha creado para sí y en Jesucristo nos ha redimido: nuestra verdadera felicidad consiste en permanecer en Él (cf. Jn 15, 4). Por este motivo, Él mismo previene con su gracia nuestro deseo y acompaña nuestros esfuerzos de conversión.

### Texto 2: Combate y vigilancia (Papa Francisco)

**La vida cristiana es un combate permanente**. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

**El combate y la vigilancia**. No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «*Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo*» (Lc 10,18).

No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva. Es verdad que los autores bíblicos tenían un bagaje conceptual limitado para expresar algunas realidades y que en tiempos de Jesús se podía confundir, por ejemplo, una epilepsia con la posesión del demonio. Sin embargo, eso no debe llevarnos a simplificar tanto la realidad diciendo que todos los casos narrados en los evangelios eran enfermedades psíquicas y que en definitiva el demonio no existe o no actúa. Su presencia está en la primera página de las Escrituras, que acaban con la victoria de Dios sobre el demonio. De hecho, cuando Jesús nos dejó el Padrenuestro quiso que termináramos pidiendo al Padre que nos libere del Malo. La expresión utilizada allí no se refiere al mal en abstracto y su traducción más precisa es «el Malo». Indica un ser personal que nos acosa. Jesús nos enseñó a pedir cotidianamente esa liberación para que su poder no nos domine.

Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque «*como león rugiente, ronda buscando a quien devorar*» (1 P 5,8).

La Palabra de Dios nos invita claramente a «*afrentar las asechanzas del diablo*» (Ef 6,11) y a detener «*las flechas incendiarias del maligno*» (Ef 6,16). No son palabras románticas, porque **nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante**. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero, «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?».

En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque «**el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos**». El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal». (Gaudete et exultavit, 258-163)

### Texto 3: Las armas del cristiano (Benedicto XVI)

La Cuaresma es una peregrinación personal y comunitaria de conversión y renovación espiritual. Según la antiquísima tradición romana de las «**estaciones**» cuaresmales, durante este tiempo los fieles, juntamente con los peregrinos, cada día se reúnen y hacen una parada —statio— en una de las muchas «memorias» de los mártires, que constituyen los cimientos de la Iglesia de Roma. En las basílicas, donde se exponen sus reliquias, se celebra la Santa Misa precedida por una procesión, durante la cual se cantan las letanías de los santos. Así se recuerda a los que con su sangre dieron testimonio de Cristo, y su evocación impulsa a cada cristiano a renovar su adhesión al Evangelio. A pesar del paso de los siglos, estos ritos conservan su valor, porque recuerdan cuán importante es, también en nuestros tiempos, acoger sin componendas las palabras de Jesús: «*El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*» (Lc 9, 23).

Otro rito simbólico, gesto propio y exclusivo del primer día de Cuaresma, es la **imposición de la ceniza**. ¿Cuál es su significado más hondo? Ciertamente, no se trata de un mero ritualismo, sino de algo más profundo, que toca nuestro corazón. Nos ayuda a comprender la actualidad de la advertencia del profeta Joel, que recoge la primera lectura, una advertencia que conserva también para nosotros su validez saludable: a los gestos exteriores debe corresponder siempre la sinceridad del alma y la coherencia de las obras.

En efecto, ¿de qué sirve —se pregunta el autor inspirado— rasgarse las vestiduras, si el corazón sigue lejos del Señor, es decir, del bien y de la justicia? Lo que cuenta, en realidad, es **volver a Dios, con un corazón sinceramente arrepentido, para obtener su misericordia** (cf. Jl 2, 12-18). Un corazón nuevo y un espíritu nuevo es lo que pedimos en el Salmo penitencial por excelencia, el Miserere, que hoy cantamos con el estribillo «Misericordia, Señor: hemos pecado». El verdadero creyente, consciente de que es pecador, aspira con todo su ser —espíritu, alma y cuerpo— al perdón divino, como a una nueva creación, capaz de devolverle la alegría y la esperanza (cf. Sal 50, 3. 5. 12. 14).

Otro aspecto de la espiritualidad cuaresmal es el que podríamos llamar «**agonístico**», y se refleja en las oraciones de la liturgia, donde se habla de «armas» de la penitencia y de «combate» contra las fuerzas del mal. Cada día, pero especialmente en Cuaresma, el cristiano debe librar un combate, como el que Cristo libró en el desierto de Judá, donde

durante cuarenta días fue tentado por el diablo, y luego en Getsemaní, cuando rechazó la última tentación, aceptando hasta el fondo la voluntad del Padre. Se trata de un combate espiritual, que se libra contra el pecado y, en último término, contra Satanás. Es un combate que implica a toda la persona y exige una atenta y constante vigilancia. San Agustín afirma que quien quiere caminar en el amor de Dios y en su misericordia no puede contentarse con evitar los pecados graves y mortales, sino que «*hace la verdad reconociendo también los pecados que se consideran menos graves (...) y va a la luz realizando obras dignas. También los pecados menos graves, si nos descuidamos, proliferan y producen la muerte*» (In lo. evang. 12, 13, 35).

Por consiguiente, **la Cuaresma nos recuerda que la vida cristiana es un combate sin pausa, en el que se deben usar las «armas» de la oración, el ayuno y la penitencia. Combatir contra el mal, contra cualquier forma de egoísmo y de odio, y morir a sí mismos para vivir en Dios es el itinerario ascético que todos los discípulos de Jesús están llamados a recorrer con humildad y paciencia, con generosidad y perseverancia** (Miércoles de Ceniza, 1-3-2006).

### 2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

**El amor debe traducirse en gestos concretos en favor del prójimo, y en especial en favor de los pobres y los necesitados, subordinando siempre el valor de las «obras buenas» a la sinceridad de la relación con el «Padre celestial», que «ve en lo secreto» y «recompensará» a los que hacen el bien de modo humilde y desinteresado** (cf. Mt 6, 1. 4. 6. 18).

La concreción del amor constituye uno de los elementos esenciales de la vida de los cristianos, a los que Jesús estimula a ser luz del mundo, para que los hombres, al ver sus «buenas obras», glorifiquen a Dios (cf. Mt 5, 16). Esta recomendación llega a nosotros muy oportunamente al inicio de la Cuaresma, para que comprendamos cada vez mejor que «*la caridad no es una especie de actividad de asistencia social (...), sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia*» (Deus caritas est, 25). **El verdadero amor se traduce en gestos que no excluyen a nadie, a ejemplo del buen samaritano, el cual, con gran apertura de espíritu, ayudó a un desconocido necesitado, al que encontró «por casualidad» a la vera del camino** (cf. Lc 10, 31) (Benedicto XVI).

Mira cómo puedes ayudar a los que están necesitados y muy cerca de ti: dedícales tu tiempo, llámales por teléfono, ofréceles tu ayuda, acompáñale al médico, hazle una visita, ten pequeños detalles... **“Lo que hiciste con uno de éstos, a mí me lo hiciste”**

### 3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

«Los tiempos y los días de penitencia a lo largo del año litúrgico (el tiempo de Cuaresma, cada viernes en memoria de la muerte del Señor) son momentos fuertes de la práctica penitencial de la Iglesia» (CCE)

**La conversión nace del corazón, pero no se queda encerrada en nuestro interior, sino que fructifica en obras externas**. Entre ellas destacan, en primer lugar, las que están incluidas la participación en la **Santa Misa** y en el **sacramento de la Penitencia**.

El Catecismo nos dice: «*La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres formas: el ayuno, la oración, la limosna* (cfr. Tb 12,8; Mt 6,1-18), que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás». Estas tres formas de alguna manera compendian y comprenden todas las demás.

El **Ayuno** no es sólo renuncia moderada en los alimentos, sino también otras renunciaciones para no dar gusto al cuerpo para poder dedicarnos mejor a Dios y a hacer el bien a los demás.

La **Oración**, cuyas expresiones y formas son muy amplias. En esta Cuaresma podemos cuidar especialmente, además de la contemplación y meditación diaria, el examen del amor por la noche, la adoración eucarística, y los retiros o ejercicios espirituales. Y por supuesto la devoción a la Virgen con el rezo del Santo Rosario.

La **Limosna** no es sólo dar dinero u otros bienes materiales a los necesitados, sino también compartir el propio tiempo, cuidar a los enfermos, perdonar a los que nos han ofendido, corregir al que lo necesita para rectificar, dar consuelo a quien sufre, etc